

Compartimos con nuestros lectores las palabras pronunciadas por el licenciado Roberto Veiga González, editor de la revista *Espacio Laical*, en el panel sobre la esfera pública en Cuba, auspiciado con motivo del 40 aniversario de la revista *Criterios*, que dirige Desiderio Navarro.

Buenas tardes, en este invierno caluroso nuestro. Quiero felicitar a Desiderio por el aniversario 40 de su revista, porque es una obra muy, pero muy buena y porque ha sido una labor de titanes llevarla 40 años y colocarla en el lugar que tiene hoy en la cultura y en el pensamiento cubanos. Quiero agradecerle también haberme invitado, y esto quiero agradecerse en grado superlativo porque nos invitó desde el momento en que comenzó a concebir el evento. Esto lamentablemente trajo una confusión, porque yo no puedo estar hoy aquí, yo debo estar en otro lugar y no acepté la invitación, lo que provocó que un amigo emplazara públicamente a Desiderio por no habernos tenido presentes. Eso hizo que yo aplazara mi llegada a una reunión que tengo que estar y encontrarme hoy aquí.

Teniendo en cuenta lo que decía Yazmín de la representatividad, quiero aclarar que aunque soy editor de la revista *Espacio Laical*, una publicación de la Iglesia Católica, los criterios que voy a dar aquí no son los criterios de la Iglesia, son simplemente mis criterios, y en última instancia, en bastante consenso con el equipo de la revista, pues trabajamos en equipo haciendo consenso sobre nuestras opiniones, respetamos una idea común sobre las cosas, pero es simplemente la opinión de nosotros.

Me referiré a la esfera pública. Para mí la esfera pública es un conjunto de ámbitos y de espacios a través de los cuales el ciudadano puede diseñar la cosa pública, puede definir el quehacer del país, puede decidir la política que se va a trazar, para construir la casa de todos. Son muchos los ámbitos y son muchos los espacios. Aquí han hablado de varios. Yo solo me referiré a tres, brevemente. A los espacios de diálogo, muy importantes para conseguir consensos. Segundo, a los espacios asociativos, sin los cuales después no podemos canalizar los consensos. Y finalmente, a la democracia política, a la democratización del Estado, porque si no los diálogos y los consensos no conducen a nada.

Es imprescindible en nuestro país hoy mucho diálogo. Y de hecho, no sólo en nuestro país, en nuestra nación, más allá de las fronteras geográficas, existe mucho diálogo entre cubanos. Entre los compañeros de trabajo se dialoga mucho de la cosa pública. Entre los vecinos se dialoga mucho de la cosa pública. Dentro de la familia se dialoga mucho de la cosa pública. Lo que falta en alguna medida es institucionalizar ese diálogo. Hay diálogos institucionalizados: está la revista *Temas*, con su espacio *Último jueves*; está la revista *Criterios* y su espacio; está el Centro Martin Luther King, con su revista *Caminos*; está el Centro de Reflexión y Diálogo, de Cárdenas, en Matanzas; está el Aula Fray Bartolomé de las Casas... Pudiéramos citar muchos espacios. Son espacios públicos, pero pequeños, y sobre todo de una élite de pensamiento. A la institucionalización de nuestro diálogo le faltan, a mi juicio, tres elementos: poder institucionalizarse en todos los estratos sociales; poder participar e interactuar con el pueblo a través de los medios masivos de comunicación, para poder implicar al ciudadano en estos diálogos, para poder hacer camino juntos; y le falta después la garantía de poder influir, más de lo que influye, porque yo estoy seguro que de alguna manera influye, pero mucho más directamente en las decisiones políticas del país.

En algunos eventos de los que he participado últimamente he notado algún cansancio, por tanto diálogo que después no ve una respuesta efectiva, que después no ve que los consensos alcanzados ahí se hacen realidad. Tenemos que dialogar mucho porque son muchos los imaginarios sobre Cuba que existen hoy en la nación. Son muchos los criterios de los fines hacia los cuales hay que conducir al país y de cómo hay que conducirlo. Hoy hay muchas izquierdas en Cuba. No voy a juzgar cuáles tienen más legitimidad que otras: eso le corresponde juzgarlo al pueblo. Y para poder juzgarlo el pueblo tiene que conocerlo. Hoy existen muchas derechas en Cuba. Igualmente, no voy a juzgarlas, le corresponde al pueblo, pero tienen que poder expresarse. Hoy existen otros criterios que no pueden encasillarse ni en la izquierda ni en la derecha, y que tienen que poder expresarse, el pueblo tiene que poder interactuar con ellos, el pueblo tiene que poder decidir y el pueblo tiene que hacer síntesis con todos los criterios que pueda darle la intelectualidad cubana y con todos los criterios que puedan emanar de ellos. ¿Con qué objetivo? Con el de construir un país cada vez mejor. Creo que uno de los objetivos más inmediatos que tiene la construcción de ese país mejor, es rearticular nuestro pacto social. Tenemos que rearticular nuestro pacto social. Tenemos un pacto social esencialmente de la década de los 70, con muchas modificaciones, es verdad, positivas muchas de ellas, pero es esencialmente de la década de los 70. Han pasado 40 años. La Cuba de entonces no es la Cuba de hoy. Hay que modificar nuestro pacto social y con él no debemos pretender un gran proyecto de nación para todos, que quiera implicarlos a todos, si no un mínimo de acuerdo que permita a todos los imaginarios convivir; pero no sólo para estar presentes, para ser diferentes monólogos, para no enfrentarse violentamente y aniquilarse unos a otros, sino para convivir lo

más armónicamente posible. Para eso hay que crear una cultura política diferente. Hablaba Desiderio de la violencia en el diálogo. Rafael Hernández ha hablado del *ciberchancleteo* y ha sido criticado por haberlo dicho, pero yo le doy todo mi apoyo.

Con criterios primarios no construimos un país. Hay que fundamentar los criterios y hay que darlos desde un lenguaje de diálogo. No podemos prometernos *a priori* el aniquilamiento los que pensamos de manera diferente. Tenemos que estar dispuestos a tener una tensión democrática, constructiva; a defender nuestros criterios, pero a tener el país como parangón. El país tiene que ser nuestra meta, nuestro propósito. Quienes pensamos de manera diferente tenemos que estar dispuestos a compartir el país, y en tal sentido esto tiene que marcar nuestra metodología de diálogo.

¿Es posible este camino de encuentro, de diálogo y de consenso? Si tenemos en cuenta a muchos sectores de la sociedad civil, a la manera que tiene la sociedad civil de proyectarse en esta primera década del siglo, hay esperanzas. Si conocemos a muchos revolucionarios, hay esperanzas. Si conocemos a muchas personalidades de la diáspora, y algunas instituciones de la misma, hay esperanzas. Sin embargo, no son estos los que están instalados en los mecanismos de poder, de un lado y de otro. Si tenemos en cuenta la posición política de la oligarquía política, y valga la redundancia, que domina nuestra emigración, esta se exaspera ante la posibilidad de que los cubanos dentro de la Isla encontremos una salida a la crisis que tenemos, encontremos un mejor futuro, porque en el imaginario de ellos, lo he conversado con ellos, lo he dialogado con ellos, lo he podido constatar, no lo he leído, está el pensamiento de que somos incapaces, de que tenemos que sufrir el colapso y de que tienen que venir ellos como salvadores. Si tenemos en cuenta la opinión de los sectores más significativos de la disidencia no hay una oposición positiva. Hay una oposición que pretende el aniquilamiento de los sectores revolucionarios que gozan, o gozarán todavía durante mucho tiempo, o por siempre, de mucha legitimidad, y hasta deseos de alguna venganza por parte de algunos de ellos.

Pero también, si tenemos en cuenta la recién concluida Primera Conferencia del Partido, vemos que el Partido no se propone un mecanismo de diálogo con la población. Sigue primando el criterio de vanguardia, desde mi punto de vista obsoleto hoy por las circunstancias históricas. Su relación con el pueblo, con las otras partes, la ve como quien tiene que hacer un trabajo político-ideológico para que los entiendan, confíen en ellos y los sigan. Y así no se puede hacer política en la Cuba del siglo XXI. Hay que entrar en diálogo con todas las partes, ver también qué opinan las otras partes y llegar a consensos mutuos.

En este sentido creo que tenemos que potenciar a las personas que quieren un camino de encuentro, de diálogo y de consenso. Tenemos que facilitar, para que todos aquellos que mantienen sus rigideces ante el diálogo, puedan desatarse y sentir confianza. Tenemos que crear un clima de confianza política entre los que pensamos diferentes para poder hacer las reformas que necesita el país, que implican las reformas que han hablado todos los que me antecedieron y otras muchas más.

Es imprescindible que estas personas puedan asociarse, algo complejo hoy en Cuba, porque las asociaciones, sobre todo en el ámbito de lo social y de lo político, se tienen que estructurar desde arriba, y no de abajo hacia arriba. Ahí tenemos el gran debate de cómo se debe expresar la pluralidad política de la nación: si por medio de diferentes instituciones o por medio de un partido único. A mí me encantaría que todas esas izquierdas, todas esas derechas, los centros si lo hubieran, pudieran organizarse en partidos políticos, siempre y cuando tributen a un marco jurídico y político que les haya dado este pueblo y que pueda rediseñar constantemente este pueblo. Es cierto que hoy no hay muchas condiciones para hacerlo, pero no podemos perder de vista que ese es un umbral que tenemos que alcanzar. En tal sentido, puedo aceptar la opción de un partido único, de un partido que pretenda ser el partido de la inmensa mayoría de la nación; de toda la nación es imposible. Pero para eso el partido tiene que reformarse. Tiene que dejar de pretender ser una burocracia de control sobre el Estado y la sociedad para convertirse en un partido político, para que haga política, para que dialogue con la sociedad, para que tenga un centro compuesto por fines consensuados, por principios consensuados, por metodologías consensuadas, pero haya un movimiento diverso dentro del mismo y toda su diversidad tenga capacidad para proyectarse y para decidir sobre los destinos del país. Esto es imprescindible. Un partido más parecido al de Martí, del que quiere ser heredero, que era una especie de confederación de asociaciones que siguieron siendo independientes, se unieron solo para la independencia, dirigidos por un consejo de presidentes integrado por presidentes de esas asociaciones y Martí era solo un delegado. No está totalmente probado que hubiese él querido para la República un partido único. En ningún momento lo dijo. Incluso, en algún momento dijo que era un peligro que la libertad fuera un partido. En tal sentido, nuestras circunstancias históricas pueden haber justificado, y pueden justificar, aun la existencia de un partido único, pero tenemos que tener presente que esa pluralidad política que existe en la nación tiene que poder expresarse, cada vez más, políticamente.

Tenemos que crear una clase política. Eso me preocupa mucho. No hay una clase política sólida dentro de las filas del Partido ni dentro de las filas críticas al Partido. Es imprescindible una clase política sólida, porque si no el país será dirigido por una tecnocracia y por una burocracia, que puede conducirlo a un capitalismo feroz. No tengo nada en contra de las burocracias, porque siempre tienen que existir burocracias. No tengo nada en contra de las tecnocracias, porque pueden aportar de muy positivo al país, pero en equilibrio, en tensión con ideales políticos, porque la dirección de ellos, si no está en tensión con ideales políticos e ideológicos que los canalicen hacia el bienestar de todos, puede partir de una lógica

administrativa, de una lógica financiera, que los puede hacer pactar con cualquiera.

Hace poco me decía un influyente cubano que vive en Estados Unidos, que había tenido acceso a informes del Buró Federal de Investigaciones (FBI, en inglés), donde se afirmaba que las mafias de Centroamérica tienen planificado invadir a Cuba después de la muerte de Raúl Castro. Es imprescindible que Raúl Castro pueda dejar un país institucionalizado, lo más plural posible, con una clase política sólida y lo más diversa posible para que eso no pueda ocurrir en Cuba, ni con la mafia ni con el capitalismo salvaje. Pero para crear una clase política sólida tenemos que promover la cultura política de la ciudadanía. ¿Hacen las instituciones culturales todo lo posible para eso? Yo pienso que no. ¿Hace nuestro sistema de educación todo lo posible para eso? Yo creo que no. Los que creemos en la cultura política, en la necesidad de una cultura política, tenemos que trabajar intensamente para lograrlo y para reclamar que nuestras instituciones culturales y educativas se lo tomen muy en serio. Necesitamos un ciudadano cultivado políticamente para reformar nuestro Estado como piden casi todos los que se pronuncian públicamente por él, los que escriben, los que reflexionan sobre ese tema, hacia una democracia cada vez más participativa. Incluso muchos se aferran a la idea de no abandonar el imaginario del Poder Popular, lo cual apoyo, para mantener la soberanía del pueblo. Hay que reformar nuestro Estado y hacerlo cada vez más participativo, hacerlo cada vez más consecuente con el imaginario del Poder Popular.

Quisiera también decir, para finalizar, que esa democracia participativa, procuremos que no esté pautada solo por las mayorías. Que esté pautada también por nuestras minorías. Que debemos crear cada día más mecanismos para que las decisiones que se tomen tengan que ser una mediación entre los criterios de las mayorías y los criterios de las minorías, para que nuestra República cumpla el ideal tan añorado por Martí y por todos nosotros de: con todos y para el bien de todos. Muchas gracias.

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org
o adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso) e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS:

Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga, Lenier González y Alexis Pestano.// Diseño: Ballate